

Departamento de América del Norte

Crisis en el centro y crecimiento en la periferia. La situación económica en Estados Unidos y el impacto sobre la Argentina

*Gustavo Marini**

El debate sobre el techo de endeudamiento del sector público de los Estados Unidos tiene amplias repercusiones tanto internas como externas. No es solamente un problema de economía norteamericana ya que por su importancia y el papel que cumple en el sistema económico internacional su impacto se sentirá en el conjunto de la economía mundial. Esto es porque el techo de endeudamiento remite a una crisis de deuda de los Estados Unidos que constituye la punta del iceberg de una situación estructural de mayor envergadura. En este sentido, no debe entenderse como una simple crisis de deuda del sector público tal como la vimos en América Latina en la década de los ochenta, sino que es importante enmarcarla en un contexto más amplio.

La realidad es que no es solamente el Estado norteamericano el que está endeudado, sino también el sector privado tanto a nivel de familias como de empresas. La expresión que refleja de manera más evidente esta situación son los llamados déficit gemelos de la economía norteamericana: déficit de cuenta corriente (del conjunto de la economía con respecto al resto del mundo) y déficit fiscal (del Estado con respecto al sector privado interno y al resto del mundo). Esta situación, que lleva varias décadas acumulándose, permitió sostener un modelo de crecimiento basado en el endeudamiento persistente tanto público como privado: poco ahorro y mucho consumo financiado con deuda. Para mantener este proceso fue necesario un dólar alto que mantuvo constante el ingreso de capitales desde el exterior para financiar ambos déficits lo que motivó además un lento, pero continuo proceso de desindustrialización o de exportación de industrias hacia la periferia con bajos costos de producción. El país más beneficiado por este proceso fue China que volcaba sus exportaciones baratas en los Estados Unidos y, a la vez, financiaba

* Politólogo y Diplomado en Ciencias Sociales de FLACSO. Profesor Titular de Economía Internacional en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR. Investigador del CERIR, del Departamento de América del Norte del IRI y Categoría III de Incentivos.

su déficit público comprando deuda norteamericana. Esto generó un sistema de equilibrios comerciales y financieros a nivel mundial que se mantuvo por varias décadas, denominada en la jerga de los economistas como "la nueva ruta de la seda". En la actualidad este modelo y sus equilibrios internacionales están puestos en duda, su sustentabilidad está cuestionada con la consecuente crisis y motiva la necesidad de un nuevo modelo de desarrollo y por lo tanto nuevos equilibrios mundiales. La crisis es, entonces, del modelo de desarrollo de los Estados Unidos que deberá encontrar un nuevo patrón de acumulación a partir del cual restablecer su papel en la economía mundial. Debe entenderse además que un cambio en este patrón implica transformaciones financieras y comerciales a nivel mundial. Desde el punto de vista comercial, como contrapartida de la reducción de las importaciones de Estados Unidos, China deberá dejar de basar su desarrollo en las exportaciones hacia los Estados Unidos y volcar una mayor parte de su producción hacia el mercado interno.

En lo que respecta al sector público norteamericano su deuda se triplicó por tres en la última década pasando de US\$ 5,7 billones en el 2001 cuando se inicia el gobierno de George W. Bush a US\$ 14,4 billones a mediados de 2011. Si bien las razones por las cuales aumentó la deuda en la presidencia de Bush son distintas al crecimiento de la misma en la presidencia de Obama, lo que se evidencia es una tendencia de aumento insostenible en el largo plazo. Lo particular de este año es que, por primera vez en esta década, el gobierno traspasa el límite previamente acordado con el legislativo y necesita una autorización adicional antes de que termine el año. Es importante aclarar que de este total de deuda pública, solo 4,5 billones son deuda externa con otros países tales como China (25%) o Japón (20%) y el reto es deuda interna con el sector privado, tanto interno como externo. Siendo tan solo un tercio de la deuda pública deuda externa las consecuencias de un default se sentirían más al interior de la economía norteamericana que en el exterior.

Este modelo parece estar llegando a su fin. La crisis del mercado inmobiliario y luego del sector bancario marca el límite al endeudamiento privado y el inicio de un proceso de desendeudamiento tanto hipotecario como de consumo basado en tarjetas de crédito de las familias norteamericanas. A su vez, el debate sobre el límite de la deuda del sector público señala el límite al endeudamiento público. Estos procesos consumirán un largo

período hasta encontrar una nueva situación de equilibrio. Mientras tanto el daño ya está hecho: el dólar se debilita como moneda, la economía se debilita y la inestabilidad general se mantendrá en el largo plazo impactando en la economía real, tanto en términos de crecimiento como de empleo y pobreza.

En diciembre de 2010, luego de su derrota en las elecciones parlamentarias de mediados de mandato, el presidente Obama selló un acuerdo para extender los recortes fiscales establecidos por el presidente Bush. Obama había prometido que este recorte sólo beneficiaría a los que ganan menos de 250.000 dólares al año, pero la oposición republicana logró que esto se extienda hasta los más ricos. La extensión de este recorte que terminaba el 31 de diciembre fue criticada por otros demócratas ya que significa que los ricos no paguen impuestos incrementando el déficit fiscal en cerca de 25.000 millones anuales recargando el costo del ajuste en los sectores menos favorecidos. En el último acuerdo alcanzado sobre el techo de la deuda, nuevamente los republicanos lograron imponer el criterio del ajuste fiscal por sobre las necesidades de incentivar el crecimiento. "No hay un problema de deuda sino de gasto", esta es la frase con la que los halcones describieron la situación y que refleja el sustento ideológico de su discurso.

El límite al endeudamiento público significa establecer un techo sobre la política presupuestaria como instrumento anti-cíclico, es decir como un instrumento para reactivar la economía en un periodo de recesión. El crecimiento actual de 1,3 para el segundo trimestre de 2011 parece no alcanzar para imponer una tendencia de crecimiento consolidada y abre dudas acerca de la fortaleza de la economía norteamericana. Más bien parece que la recuperación será lenta y con altibajos aumentando el grado de incertidumbre. Asimismo, impone un límite a la política de salvataje basada en inyecciones monetarias por parte del tesoro.

La lógica del ajuste terminó por imponerse en ambos lados del atlántico, tanto en Europa como en los Estados Unidos. Aquellos que pensaron que el pensamiento neoliberal era cosa del pasado deberán replantear su análisis a partir de estos hechos. El Consenso de Washington se fortaleció con el nuevo Consenso de Bruselas y el debate acerca de las regulaciones del sistema financiero que dejó paso a las políticas de ajuste fiscal. Finalmente, es evidente que la crisis durará lo que dure el proceso de desendeudamiento

público y privado. Esto no significa que deba pagarse toda la deuda, pero sí que debe bajar a un punto en el cual puedan restablecerse nuevos equilibrios macroeconómicos sustentables en el largo plazo.

Esta lógica de privilegiar el ajuste para garantizar el pago de las deudas por sobre el crecimiento ya fracasó reiteradamente como política económica en la periferia desde los ochenta hasta nuestros días. Una de las consecuencias internas más significativas es que se observa, tanto en Europa como en los Estados Unidos, una ruptura del llamado pacto social implícito que se implementó en los países desarrollados a partir de la segunda guerra mundial. Por primera vez desde los años `50 el Estado se desentiende de los equilibrios sociales internos con la consecuente caída de los ingresos, aumento del desempleo y la implementación de reformas que deterioran tanto el sistema de jubilaciones y pensiones como la educación y la salud. Esta situación de ajuste en los países desarrollados rompe la lógica del último siglo en el cual el ajuste empobrecedor sólo se realizaba en la periferia. Hoy podemos observar los mismos efectos sociales y políticos que caracterizaron a América Latina desde la primera crisis de la deuda hasta entrado el nuevo siglo. Tanto en Europa como en los Estados Unidos los oficialismos fueron derrotados y tuvieron que abandonar el poder ya sea por recambio electoral normal o por elecciones anticipadas. Tales son los casos de Islandia, Gran Bretaña, Grecia, Irlanda, Portugal y España. Sin recambio anticipado, Obama sufrió una gran derrota electoral de medio mandato y su popularidad se mantiene baja alentando las expectativas de un próximo gobierno republicano que eran impensable dos años atrás. Los gobiernos establecidos fracasaron en contener las crisis y fueron derrotados por las fuerzas del mercado que impusieron la lógica del ajuste fiscal. La crisis de representación política barrió con los gobiernos socialdemócratas de Europa y los gobiernos liberales se establecieron.

En lo que respecta a la economía de los Estados Unidos dos son las consecuencias más notables del presente escenario. Por un lado, en el mejor de los casos durante varios años el crecimiento de su economía será lento. Esto significa que el motor de la economía mundial se traslada hacia las economías de la periferia, de ahí la creciente importancia de los llamados BRICS. El centro de gravedad del crecimiento de la economía mundial deja de estar en Estados Unidos, Europa o Japón y pasa a economías con una demanda interna

potencial muy amplia, tanto por el tamaño de las poblaciones involucradas como por las necesidades insatisfechas de las mismas. La reproducción del capitalismo requiere de altos volúmenes de consumo y esta capacidad hoy se encuentra en la periferia. Finalmente, el impulso keynesiano para salir de la crisis no provendrá del sector público de los países desarrollados, sino de los consumidores insatisfechos de los países de la periferia. Paradójicamente, y aunque resulte doloroso decirlo hoy parece mucho más importante que en el pasado tener muchos pobres y no pocos. Cuanto mayor sea la población pobre más demanda potencial insatisfecha y más posibilidades de crecimiento, lo cual alienta la inversión, aumenta el empleo, crecen los consumidores y se genera un círculo virtuoso de desarrollo hacia adelante. Por ello es en los países de la periferia con grandes poblaciones en donde encontramos las mayores tasas de crecimiento e inversión a nivel mundial.

Por otro lado enfrentamos el consecuente efecto externo de la crisis norteamericana sobre el valor del dólar. Esto significará un creciente deterioro del valor del dólar a nivel internacional que aumentará la inestabilidad del sistema monetario internacional en tanto más del 60% de las reservas mundiales de los Estados están nominadas en esta moneda la cual constituye, además, la unidad de ahorro de la mayoría de la población mundial.

La debilidad del dólar tiene efectos contrapuestos para los países en desarrollo. Por un lado, significa una pérdida del valor de sus reservas y, por el otro la contracara inmediata de la ganancia por el aumento del precio de los commodities. Para los países importadores de materias primas significa pagar más alto por ellas, tanto las asociadas a los alimentos como a los recursos energéticos o a los minerales, es decir enfrentarán aumentos del trigo, maíz, soja, petróleo, gas, acero, aluminio, cobre y particularmente del oro. En este caso su valor ha aumentado persistentemente a lo largo de estos tres años convirtiéndose en la mejor alternativa a la hora de resguardar el valor de los ahorros. El precio del oro ha aumentado desde US\$ 543 en junio de 2006 a más de US\$ 1660 en estos días convirtiéndose en el principal refugio de los inversores. Sin dudas los países más perjudicados son los importadores de alimentos y energía a tal punto que puede hablarse de una crisis alimentaria y energética en muchas naciones de la periferia.

En cambio, para los países en desarrollo exportadores de estos recursos el aumento de precios genera un efecto expansivo sobre estas economías por mayores ingresos de sus

exportaciones y, a la vez, un abaratamiento de sus importaciones industriales. Esta doble tendencia denominada mejora de los términos del intercambio favorece especialmente a países como Argentina generando un efecto riqueza tanto para los privados como para el Estado.

Un segundo aspecto favorable para el resto del mundo es que las tasas de interés se mantendrá bajas lo cual ayuda a mantener estable el crecimiento vía consumo por el bajo costo del dinero y mantiene constante el flujo de capitales desde los países centrales a la periferia en busca de oportunidades de inversión. Sin embargo, este ingreso de dinero a los países emergentes obliga a mantenerse alerta acerca de sus efectos no deseados al interior de las economías tales como la tendencia a la apreciación de las monedas, el crédito fácil que incentiva las burbujas, el creciente déficit en las balanzas comerciales por incremento de las importaciones y la pérdida de competitividad y mercados de sectores industriales.

Para la Argentina, por las condiciones particulares de la situación política y del modelo económico el panorama monetario difiere del resto de los países. Aquí es el peso el que tiende a devaluarse, hay salida de capitales y la tasa de interés aumenta. Sin embargo, mientras la crisis se mantenga encerrada en los países centrales y los emergentes la sufran menos, nuestro país estará a salvo de las turbulencias más graves. Tres son los aspectos a los cuales deberemos prestar atención para monitorear permanentemente los efectos sobre nuestra economía: en lo financiero, el monto de la fuga de capitales, el nivel de las tasas de interés y el valor del dólar; en lo comercial, el precio de nuestros bienes exportables, las posibles nuevas restricciones al comercio internacional y el sentido de los flujos de comercio; y en lo estructural, el desempeño de las economías a las cuales por distintas razones estamos más ligados tales como Brasil y China.

En síntesis esta crisis de largo plazo mantendrá inestable el sistema económico internacional mientras se reordenan los desequilibrios. El mundo cambiará y no será el mismo a la salida de la misma. No es la primera vez que sucede y estas transformaciones del capitalismo a nivel global contendrán una nueva jerarquía de países en el escenario internacional. Queda como interrogante si de esta crisis la Argentina saldrá como ganadora o perdedora.

